

# AUGUSTO CURY

Una novela sobre el Holocausto que nos recuerda  
que el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla

## EL SENTIDO DE LA

# Vida



El autor  
que ha cautivado  
a más de  
veinte millones  
de lectores

# AUGUSTO CURY

Una novela sobre el Holocausto que nos recuerda  
que el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla

## EL SENTIDO DE LA *Vida*

El autor  
que ha cautivado  
a más de  
veinte millones  
de lectores

Zenith/Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Em busca do sentido da vida*

Diseño e ilustración de la cubierta: © Marcílio Godoi

Primera edición: noviembre de 2014

© Augusto Cury, 2013

© de la traducción, Rosa Corgatelli, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.zenitheditorial.com](http://www.zenitheditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-08-13327-8

Fotocomposición: Víctor Igual

Depósito legal: B. 21764 - 2014

Impresión y encuadernación: Egedsa

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| Prefacio .....                                    | 9   |
| 1. En el refugio de los enfermos mentales .....   | 13  |
| 2. ¿Héroe o psicótico? .....                      | 21  |
| 3. Viajes mentales .....                          | 27  |
| 4. En el camino de la incertidumbre.....          | 38  |
| 5. Nazis cazadores.....                           | 44  |
| 6. Primavera de 2045.....                         | 57  |
| 7. La gran decisión.....                          | 68  |
| 8. El segundo viaje en el tiempo .....            | 80  |
| 9. ¿Qué hicieron con los hijos de Alemania? ..... | 87  |
| 10. Una familia destruida.....                    | 95  |
| 11. El caos de Julio Verne .....                  | 105 |
| 12. Proteger a los niños.....                     | 113 |
| 13. Se descubre la farsa.....                     | 119 |
| 14. Los brutos también se emocionan.....          | 125 |
| 15. Un día como animal .....                      | 134 |
| 16. El encuentro con Viktor Frankl .....          | 148 |
| 17. Un banquete intelectual inimaginable .....    | 154 |
| 18. La cárcel de los jóvenes alemanes.....        | 162 |
| 19. El acceso psicótico del profesor .....        | 169 |
| 20. Pesadillas de un intelectual .....            | 178 |
| 21. Eliminar a Himmler .....                      | 187 |

|  |     |
|--|-----|
| 22. El sabor de la libertad . . . . .  | 196 |
| 23. Polonia antes del caos . . . . .   | 203 |
| 24. Un nuevo ataque de pánico . . . . .                                      | 211 |
| 25. El retorno al futuro . . . . .   | 222 |
| 26. Boicoteado por los miembros del proyecto . . . . .                       | 228 |
| 27. La gran estrategia para retornar al tiempo correcto . . . . .            | 238 |
| 28. El primer psiquiatra: la personalidad esquizoide<br>de Hitler . . . . .  | 243 |
| 29. El segundo psiquiatra: la sociopatía de Hitler . . . . .                 | 254 |
| 30. El tercer psiquiatra: el trastorno paranoico de Hitler . . . . .         | 266 |
| 31. El informe final sobre la personalidad de Hitler . . . . .               | 276 |
| 32. Múnich: el gran punto de mutación . . . . .                              | 285 |
| 33. El enfrentamiento en el tribunal entre el profesor<br>y Hitler . . . . . | 291 |
| 34. El enfrentamiento entre Julio Verne y Hitler<br>en la prisión . . . . .  | 300 |
| 35. El gran defecto del profesor Julio Verne . . . . .                       | 304 |
| 36. ¿La gran esperanza o la gran frustración? . . . . .                      | 310 |
| 37. La gran misión: ¡el coleccionista de esperanzas! . . . . .               | 316 |
| 38. La contagiosa felicidad de los miembros<br>del proyecto . . . . .        | 327 |
| Referencias y notas . . . . .  | 335 |
| Nota del autor . . . . .   | 343 |
| Nota del editor . . . . .  | 345 |
| Conozca el programa EI: Educación de la Emoción . . . . .                    | 347 |

## EN EL REFUGIO DE LOS ENFERMOS MENTALES

*Alemania, invierno de 1941*

Mientras que Europa vivía un infierno, un hombre se encontraba postrado en la densa nieve, atónito, cansado, carente de energía física y mental para ponerse en pie. No lo perseguían los nazis, al menos por el momento. Otros monstruos lo aterraban, más sutiles, pero no menos agresivos, dentro de su mente... Había perdido los parámetros de tiempo y espacio. No sabía dónde estaba ni en qué época se hallaba. Manos heladas, labios trémulos, ojos asustados. La blancura del hielo por todas partes le invadía la retina y le confundía la razón. «Ayer estaba en primavera, pero ahora es invierno...», pensó, perturbado. La nieve caía como plumas sobre su cuerpo tumbado en el suelo.

Su uniforme militar no constituía abrigo suficiente; nueve grados bajo cero, con una sensación térmica de menos quince. El corazón le fallaría. Tenía que ponerse en movimiento sin demora o se moriría de frío. Y pronto tuvo motivos para moverse. Ladridos de unos pastores alemanes hambrientos avanzaban en dirección a él. Confuso, giró el cuello, y luego la columna y los miembros inferiores. Sentía terror por los perros feroces.

Tenía una pistola. Sin embargo, no se llevó la mano a la cintura para desenfundarla. Nunca había usado un arma de fuego. Su arma eran las palabras, pero éstas no servían de nada

ante depredadores voraces. ¿Su nombre? Julio Verne. ¿Su profesión? Profesor, el más destacado profesor de historia de su tiempo. Especialista en acontecimientos que desencadenaron la Segunda Guerra Mundial. Como muchos intelectuales, estaba por completo desprotegido en una Europa en llamas. Siempre había buscado dar un sentido digno a su vida; no obstante, estaba a punto de morir en vano y serviría de carne fresca a animales que ladraban por los campos yermos, desesperados por sobrevivir un día más.

Los perros se aproximaban con rapidez. El instinto del profesor le gritaba: «¡Echa a correr!», pero, obnubilada la razón, atascado en el barro y paralizado por el miedo, no conseguía ponerse en pie. Pésimo atleta, en aquel instante se arrepintió de haber despreciado los deportes para dedicarse sólo a los libros. Se movía con enorme dificultad. Al levantarse perdió el equilibrio y cayó de nuevo al suelo. Los animales lo rodearon gruñendo, para asestar el golpe final. Recordó aliviado que llevaba la pistola, pero parecía pegada a la funda. Cuando logró sacarla, ya era tarde: los perros lo atacaron.

Uno le mordió la mano izquierda; otro, el brazo derecho, y un tercero, la pierna derecha. Eran tiempos de guerra. Tiempos de hambre: a los hombres les correspondía una ración para animales; a los perros, sobras, cuando las había. Tiempos en que los instintos prevalecían sobre la sensibilidad. Los perros abandonados a su propia suerte comenzaron a alimentarse de los cuerpos humanos caídos en la tierra. Un cuarto perro se disponía a morder la yugular del moribundo Julio Verne. Era su fin...

De repente apareció a lo lejos un extraño, que gritaba furioso:  
—*Heil, Hitler! Heil, Hitler!* ¡Muerte a los perros!

Y enseguida empezó a disparar.

Dos perros murieron, otros dos se alejaron hambrientos, ladrando de insatisfacción.

El hombre se aproximó lentamente al profesor y lo apuntó con el arma al pecho. Julio Verne sentía que su corazón iba a explotar antes de que lo alcanzara el proyectil. Vio que su verdugo llevaba un uniforme de las SS, la más temible policía alemana, responsable de cazar judíos en toda Europa,<sup>1</sup> dirigida por uno de los peores asesinos que haya conocido la humanidad: Himmler. El símbolo de las SS lo hizo gritar:

—¡Yo también soy de las SS! ¡Soy un oficial! —Y se apresuró a limpiar las inscripciones de su uniforme, ocultas bajo la nieve.

—¡Mejor todavía! Hace rato que quiero atrapar a un miserable nazi.

«¡Que locura!», pensó el profesor. Cuando el sujeto hizo ademán de apretar el gatillo, Julio Verne gritó otra vez:

—¡Espere! ¡Soy judío! ¡Soy judío!

El soldado dijo:

—*Heil, Hitler!* —Y disparó, pero a quince centímetros de la cabeza del profesor. Luego soltó una carcajada satisfecha.

Julio Verne bajó la cabeza sobre la almohada de nieve y respiró aliviado. Entonces, para su espanto, oyó que el soldado exclamaba:

—*Heil, Hitler, ¡muerte a los perros! ¡Vivan los judíos!*

Julio Verne sintió que se hallaba en los laberintos de una película de ficción. Le parecía que ya había vivido esa escena. Experimentó flashes mentales, como si aquello le resultara conocido. Era un hombre soñador; bien podía estar en una cama confortable imaginando un caos inexistente. Abrió y cerró los ojos para ver si se trataba de una pesadilla. Se llevó las manos a los ojos y vio sangre. La cruda realidad gritaba que se hallaba despierto.

—Estaba poniendo a prueba tu corazón, judío —dijo el extraño.



Apoyó el rifle sobre su hombro izquierdo y tendió la mano derecha hacia el profesor, que, absorto por el miedo, se había vuelto insensible al frío y a las heridas infligidas por los perros. Julio Verne comenzó a entender que *viajar en el tiempo era una invitación a la locura*. Intentó observar con atención el rostro del sujeto sobre el que se apoyaba, pero la noche le turbaba la visión, aunque la luna llena iluminara el lugar. Por un instante tuvo la sensación de conocerlo.

—¡Vamos a casa! —ordenó el desconocido al profesor, que no sabía qué responder. El hombre que brillaba en las aulas estaba mudo, cerrado el circuito de su memoria, perdida su fluidez.

Los extraños gestos del soldado no cesaron. Se golpeaba la cabeza con la mano derecha de manera compulsiva, como si quisiera espantar fantasmas mentales, y hacía muecas y movimientos raros. Después se puso a cantar alegremente: «Uno más, uno más».

«¿Acaso soy un trofeo de este loco?», pensó el profesor. En menos de diez minutos había estado dos veces a punto de morir; era recomendable seguirlo en silencio. Herido y estresado por el largo viaje, caminaba abrazado al extraño personaje, un alemán de metro noventa, pelo muy rubio, delgado, rostro alargado, y de unos treinta y cinco años. En el camino el soldado tuvo que disparar a tres perros más que los atacaron. También los asaltaron dos ladrones que vagabundeaban en la noche en busca de algo que comer o robar. Blandían cuchillos, pero el soldado no recurrió a las armas, sino a los puños. Abandonó un momento a Julio Verne sobre la nieve y peleó a puñetazos con sus agresores. Con su fuerza, en menos de un minuto les hizo perder la conciencia.

Tras esos episodios avanzaron despacio unos doscientos metros, hasta que llegaron a un pequeño pueblo. Los habitantes

conocían al soldado. Algunos individuos, bajo la débil luz de los faroles de queroseno, gritaban:

—*Heil*, Hitler, Rodolfo! ¡Muerte a los enemigos!

—*Heil*, Hitler! —respondía a gritos el soldado que lo llevaba, como saludando a los habitantes de la localidad.

—¡Larga vida al *Führer*, Rodolfo! —gritaban otros, exaltando al gran líder de Alemania.

—¡Larguísima vida al *Führer*, como un chorro de orina! —dijo irreverente el soldado en voz baja. Daba la impresión de que se burlaba de los adeptos a Hitler que vivían en el pueblo. El profesor lo seguía sin entender sus gestos.

A continuación, el intrépido soldado empezó a cantar una tonada alemana que él mismo había compuesto, exaltando la cerveza. En el estribillo, decía con descaro que la revolución nazi había comenzado en una cervecería, un episodio histórico conocido como el *Putsch* de la Cervecería de Múnich.<sup>2</sup> Los intelectuales nazis tenían tanta competencia como los alcohólicos en las tabernas. Rodolfo cantaba mirando las estrellas. Soltó de nuevo al profesor y se puso a bailar. Hizo de la nieve un escenario. Algunos adolescentes que todavía no se habían alistado en las fuerzas alemanas salieron de sus casas y empezaron a bailar y cantar con el irreverente soldado. El profesor, una vez más, tensaba los músculos para comprobar si todo aquello era real. Pero la fiesta terminó pronto.

—¡Basta, sinvergüenzas! ¡Respeten al gran *Führer*! —bramó un hombre canoso, apoyado en un bastón, que avanzó furioso hacia ellos.

El viejo los espantó como si fueran pájaros. Al parecer se trataba de alguien temido por todos los habitantes del pueblo. En realidad era un veterano de la Primera Guerra Mundial, un hombre amargo, incapaz de sonreír, que jamás había admitido la derrota de Alemania ni aceptado que su país pagara indem-

nizaciones a los vencedores y sufriera las sanciones impuestas por el Tratado de Versalles.<sup>3</sup> Lucía dos medallas al valor en la parte superior derecha de la chaqueta que vestía.

Era un coronel; por tanto, tenía una jerarquía muy superior a la de Hitler, que en la Primera Guerra Mundial había sido un simple soldado que corría desesperado llevando mensajes del cuartel general al frente de batalla. El mayor golpe de Hitler no fue invadir países como Polonia y Francia con ataques relámpago militares, sino infligir ataques relámpago emocionales que lo llevaron a invadir el inconsciente colectivo de la sociedad alemana. Nunca el marketing personal y los discursos ensayados dominaron tanto a un público. El austriaco inculto, tosco, radical, pero tremendamente carismático, había asfixiado el pensamiento crítico de la nación más culta de su tiempo, un fenómeno social que el profesor Julio Verne temía que se repitiera en el futuro.

Paso a paso, el veterano de guerra, fascinado por Hitler —a quien había conocido en persona—, se acercó a Rodolfo y el profesor. Cuando la luna iluminó el uniforme de las SS de Julio Verne, el viejo se entusiasmó. Y gritó para que lo oyeran todos los que lo rodeaban:

—¡Un oficial del *Führer*! ¡Un oficial del *Führer*! *Heil*, Hitler!

Varias personas abrieron las puertas y las ventanas de ambos lados de la callecita y gritaron a coro:

—¡Larga vida al *Führer*! *Heil*, Hitler!

Incómodo, Julio Verne saludó con las manos, pero sin entusiasmo. Pronunció un débil:

—*Heil*!

—¡Vida larga como un chorro de...!

El viejo tomó su bastón, rodeó con la empuñadura el cuello de Rodolfo y lo apuntó con su vieja pistola. Rodolfo se dio cuenta de que no era el momento para bromas, ni siquiera en presencia de su tío Allen. Se corrigió:

—Vida larga como un prolongado chorro de agua...

Poco después el coronel de la reserva se acercó a Julio Verne. Su entusiasmo comenzó a desvanecerse. Lo observó un largo instante. Golpeó con la mano derecha la mejilla izquierda del profesor, con una especie de delicada brutalidad, típica de los oficiales experimentados ante los jóvenes inmaduros que aspiraban a defender la gran Alemania. Se mostró intrigado.

—Qué extraño. No pareces ser un... buen ejemplar ario. Esa nariz, esa cara... Esa ropa... Hum... ¿De dónde la has sacado?

Titubeando, casi sin aliento, el profesor se limitó a responder:

—Me las dio Himmler en persona...

Mientras se daba repetidos golpes en la cabeza, lo cual expresaba intenso nerviosismo, Rodolfo comentó:

—Él es poderoso. ¡Respétalo, tío Allen...!

—Cállate, Rodolfo. ¡Yo soy más poderoso que él! Tengo acceso directo al *Führer* —afirmó con convicción. Y agregó—: ¿Cómo te llamas?

—Otto Hamburger. Es amigo mío de la infancia —se apresuró a contestar el sobrino.

—¡No te he preguntado a ti, Rodolfo! Muéstrame tus documentos.

El profesor tragó saliva, miró a Rodolfo y dijo:

—Los perdí cuando me atacaron. Rodolfo me salvó. —Mostró sus heridas.

—Luchó como un león contra unos ladrones y después contra unos judíos fugitivos. Mira las heridas.

Tras observarlas y ver que el profesor temblaba de frío —aunque más bien era de miedo—, el veterano Allen pronunció las tranquilizadoras palabras:

—Vete ya, Rodolfo. Si no, Otto no resistirá el frío.

—¡Adiós, tío Allen! ¡Eres muy bondadoso!

—Cúidate, Rodolfo. —El coronel escupió en la nieve y añadió—: Tus antecedentes de hacerte amigo de enfermos mentales y de judíos me avergüenza y provocará la muerte de tu familia. *Heil, Hitler!*

—Pero ¡si sólo ando con gente de sangre pura...! *Heil, Hitler!*  
*Bye, Hitler!*

—*Bye, Hitler?*

Rodolfo, astuto, supo salir bien parado.

—Sí, *bye, Hitler*, tío Allen. El *Führer* debe partir para dominar Europa, Asia, las Américas, el mundo, la Luna, el Sol. *Bye, Hitler!*

Allen se marchó rascándose la cabeza; no sabía si su sobrino alababa al gran líder o se burlaba de él. Rodolfo era imprevisible, dotado de un sentido del humor poco común para los alemanes, en especial en aquellos áridos tiempos. En cuanto perdió de vista a su tío, Rodolfo soltó otra carcajada. Parecía no tener conciencia de que Alemania ya estaba en llamas.